



EL

PADRE DE ALMAS

Las seis de una mañana de Abril se hallaba sumergido en la penumbra el interior de la iglesia de Rocabuena, un pintoresco lugar de trescientos vecinos. Aquí y allá, los negros bultos de algunas arrodilladas devotas masculaban oraciones. Una de ellas, la más inmediata al confesionario, levantándose en actitud humilde, se dirigió lentamente hacia el santo tribunal, y al romper con su linda cabecita la faja de átomos luminosos que por los pintados vidrios del alto rosetón comenzaba a filtrarse, un naciente rayo de sol prestó, durante algunos segundos, metálicos reflejos á su rubia y opulenta cabellera, matices de nácar y de rosa á su rostro correcto y juvenil. Mientras la negra forma del sacerdote, allá en el fondo obscuro de su cajón, se apercibía á oír á la hermosa penitente, ella cayó de rodillas junto á la celosía, y con las manos cruzadas, comenzó á murmurar fervorosamente el *Yo pecador*. La confesión, una serie de nonadas, de escrúpulos infantiles, de candideces pecaminosas, no duró más de diez minutos; pero cuando la segunda penitente, una vieja amarilla y arrugada, sucedió á la primera, el confesor no profirió una palabra, ni hizo un movimiento, ni pareció haberse dado cuenta del cambio de personas. La anciana, no obstante, comenzó á descargar su conciencia, refiriendo un revoltijo de actos y sucesos sin orden ni hilación, pecaminosos por lo que tenían de chismográficos, hasta que, agotada la materia y no rompiendo su silencio ni variando de actitud el sacerdote, se atrevió á advertir:

—No recuerdo más pecados, padre mío.

Este, mientras aquélla borbataba el acto de contrición, presa de un sacudimiento nervioso, alzó una mano pequeña y bien delineada, y trazó automáticamente una rúbrica en el aire, volviendo á caer, al alejarse la devota, en su inmovilidad y su silencio.

Media hora después, el débil tañido de una campanita, agitada por el monaguillo, dejóse oír en la capilla del Santísimo Sacramento, situada detrás del gran retablo del altar mayor. Acudiendo al místico reclamo, algunos devotos de ambos sexos, mujeres en su mayor parte, fueron á arrodillarse en fila junto á la santa mesa. El padre Mateo, vestida la blanca sobrepelliz, procedió á administrar la Comunión á aquellas piadosas almas, y al llegar á la que ocupaba el último lugar, precisamente la hermosa rubia á quien había confesado poco antes, la Sagrada Forma tembló ligeramente en su nerviosa mano. Con todo, sobreponiéndose á sí mismo, el sacerdote logró dar fin á su tarea, desapareciendo en seguida por una puertecita lateral que con la sacristía comunicaba.

El padre Mateo arrancó de sus hombros la sobrepelliz, despidió con un gesto al monaguillo y se dejó caer con abatimiento en un sillón de vaqueta, de alto respaldo y anchos brazos. Corrían los días subsiguientes á la Pascua Florida, y allá, al través de la gran ventana de la sacristía, que

miraba á las afueras, el campo verde, el cielo azul, los pájaros canoros, el ambiente sosegado, el agua bullidora, el sol como una hostia de oro elevándose sobre el horizonte, todo respiraba embriagadora voluptuosidad, todo convidaba á deshacerse el espíritu sensible en himnos de amor y de ternura. El presbítero, con la vista fija en la ventana, contempló maquinalmente cielo y tierra, y algo semejante á una amarga é incurable decepción, al desquiciamiento de todo su sér, invadió sus facultades. Acababa de cumplir los veintisiete años, llevaba apenas dos de ejercer su sagrado ministerio en aquella parroquia á donde fuera destinado, y resultaba ahora que había errado la vocación, que la carne se le sublevaba, que el mundo le seducía, que el diabólico enemigo le asediaba á tentaciones, y que él, el padre de almas, el rabadán del Buen Pastor, no era más que un hijo indigno, una oveja rebelde y descarriada. Mariquita, la hija del alcalde, sí, aquella inocente y hermosa criatura, á la que dos años antes ni siquiera conocía, sin querer, sin saberlo ella, podía en él más que los votos pronunciados, más que el santo temor de Dios y que el horror á las penas eternas del infierno; le atraía como el abismo, le embriagaba como el vino, perturbábale en el sagrado ejercicio de sus funciones, ni más ni menos que el viento empuja y zarandea, hasta arrebatarla del árbol, á la voluble hoja. Y ¿qué culpa tenía él de su desgracia? ¿No ha nacido el hombre, no le organizó la naturaleza para amar y ser amado? ¿Los votos, la vocación! Creyó tenerla, los pronunció espontáneamente, ardiendo en pura fe y místico ardor, no pensando engañarse ni engañar; pero los nervios, la sangre, el corazón... constituyen un mecanismo inconstable de la voluntad independiente, un mecanismo que fatalmente funciona sin cesar, que arrolla y que tritura cuanto á su acción se opone. ¡Ah! sus pobres y ancianos padres, tan satisfechos, tan justamente envanecidos de tener el hijo cura; los amigos y las comadres, que tanto habían admirado su conducta, que como á un santo le adoraban, en cuanto se enterasen, ¿qué iban á decir y á pensar de él? ¡Dios mío, Dios piadoso! ¿Qué hacer? ¿Cómo conjurar tamaña tribulación? ¿Retratarse, deshacer lo hecho, implorar de Su Santidad la relevación de aquel dogal que, en forma de sagradas órdenes, le ahogaba? ¡Qué escándalo, qué vergüenza! Y aún suponiendo que á tanto llegara su

influencia, consentiría Mariquita, la hija del alcalde, aquel pimpollo de Dios, de quien era padre y director espiritual y que como á tal le veneraba, consentiría jamás en darle su amor, en pasar de hija sumisa á apasionada compañera? No, no había que pensar en ello; el enemigo, sólo el diabólico enemigo, tan fecundo en asechanzas contra los débiles mortales, podía haber forjado para él, en las fraguas del infierno, aquellas disparatadas ilusiones. Pero... seguir viendo, administrando los sacramentos á Mariquita, á aquella mujer peligrosa, irresistible; tener todos los días, á todas horas, en la memoria, á la vista, al alcance de la mano, el fruto prohibido, la felicidad sobre la tierra... ¿Y qué? ¿No había Jesucristo padecido más, mucho más, por nosotros, miserables pecadores? ¿No estaban allí para premiarle, para endulzar su amargura, primero, la paz y la satisfacción de la conciencia, y, después, muerto, pero no vencido, la bienaventuranza eterna é inefable de la gloria, ante la cual son polvo y humo los bienes de la tierra?

El padre Mateo, recogido en sí mismo, rezó breves momentos. En seguida, levantándose con resolución, salió lentamente de la sacristía.

Corrían las semanas y los meses, y todos los parroquianos, en Rocabuena, se hacían lenguas del padre Mateo; todos alababan su piedad, su mansedumbre, su evangélica dulzura. Los pobres, en particular, referían del padre Mateo actos de caridad y amor al prójimo, verdaderamente inverosímiles. Narraban, por ejemplo, que habiéndosele presentado, cierto día, una infeliz anciana (entonces circulaba en abundancia el oro), comenzó á depositar sobre la carcomida mesa del caritativo varón, centenes y medias onzas hasta completar la suma de mil reales.

—Hija mía, ¿á qué traéis tanto dinero?

—Para misas en sufragio del alma de mi pobre hermano.

Mariquita, y, enamorada, sí, místicamente enamorada de su confesor, frecuentaba más que antes los santos sacramentos.

Una mañana, el bueno del alcalde, con faz risueña y aire franco, se presentó en la rectoría.

—¿Qué ocurre, señor Pedro?

—Nada, cosas de la vida; que los chicos se quieren casar, y habrá que despacharles los papeles y disponer la ceremonia.

—¿Ca... casar! ¿Con quién se casa Mariquita?

—Con el hijo del boticario, un arrogante mozo... ¡Calle! ¿Se pone usted malo, señor cura?

—No es nada, señor alcalde, un vahido pasajero...

—Tantas mortificaciones... ¡Ya se ve! No hay que abusar.

Al padre Mateo, más pálido que la cera, le dieron sudores angustiosos y tuvo que apoyarse en un mueble para no caer. Semejante noticia era un golpe brusco y mortal en mitad del corazón. Ni siquiera había previsto el caso; nada, nada sabía de las relaciones de Mariquita y su galán. No, no lo resistiría. Sin embargo, se rehizo, y, semejante al suicida que prepara él mismo su dogal, lo dispuso todo, casó á los novios y asistió, no pudiendo excusarse, al banquete de bodas á que aquéllos le convidaron.

Al año de este suceso, condujeron á su presencia un tierno infante. Al administrarle el agua del bautismo, el rostro del sacerdote estaba más blanco que el lienzo de su sobrepelliz, y temblaba su mano como si tuviera azogue. Sentía á un tiempo mismo impulsos de besar y estrangular á la inocente criatura. ¡Ay! La carne, la rebelde y pecadora carne, pese á la férrea voluntad, á las obras piadosas, á las heroicas mortificaciones, no se daba por vencida todavía.

—¿Qué nombre le ponéis, padre?

—¡Mateo! — respondió, sin vacilar y como codiciando para sí aquel fruto de bendición.

Como quiera que hasta el dolor tiene su medida y no hay mal que por bien no venga, el infeliz presbítero hallaba, en medio de sus torturas, un consuelo. El confesionario, aquel trozo cuando antiguamente á él se acercaba Mariquita, convertíase ahora en lecho espiritual de colores y perfumes. El hijo del boticario, aquel esposo digno de envidia, aquel mortal afortunado, podía poseer el cuerpo, quizás también el alma de la esposa; pero no poseía, no, su conciencia.

El matrimonio de Mariquita y su marido era fecundo, tan fecundo, que Dios parecía bendecirlo sin cesar. Todos los años, poco más ó menos, como si se tratara de la recolección,



—¿Era rico, según eso, vuestro hermano?

—No, padre, le recorda la conciencia y lo dejó todo á la Iglesia.

—¿Tiene herede-ros?

—Mis hijos y una servidora nada más; pues murió soltero.

—¿Poseéis bienes de fortuna?

—El mayor, Liborio, va á entrar en quinta y tendrá que ir á servir al Rey; los demás trabajan, y, ayudando Dios, vamos viviendo.

—Buena mujer, lleváos esas monedas, redimid á vuestro hijo y socorred, si os acomoda, á los necesitados con el resto.

—Pero... ¡y las misas, y el alma de mi hermano!...

—Descuidad, yo me encargo de eso; no faltará al difunto su sufragio.

Esta y otras heroicidades espirituales conmovían hasta lo más íntimo el alma de



G. CAMPS

ALEGORÍA DEL MES DE ABRIL

JUAN PEYRÓ



NARANJERO

Salón Parés.